

Viacrucis contemplativo

1ª Estación: *Jesús en el huerto de los olivos.*

Puesto de rodillas oraba diciendo: “Padre, si es posible aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya”. Cuanta mayor era su angustia, más insistentemente oraba. Su sudor se parecía a gotas espesas de sangre que caían a tierra (Lc 22, 41-44).

Yo no sé, hijo mío, como pudo resistir mi cuerpo y mi psicología. Mi angustia era mucho más intensa que la de un hombre perseguido y acorralado que va a morir. No era humanamente cuantificable porque el Espíritu Santo infundía en mí el dolor de todo el pecado del hombre. Mi divinidad no me ayudaba; todo sucedía en mi cuerpo de carne. En mi humanidad tenía que ser redimida la miseria del hombre y toda la frustración del cosmos. La angustia se me adensaba hasta el infinito y sudaba sangre.

Hijos míos: el misterio de mi sufrimiento por el mundo no es comprensible para vosotros. Como la naturaleza divina no podía sufrir, ya que Dios no sufre, tomó de lo nuestro, de lo humano, lo que podía ofrecer. Me tomó a mí, hijo de hombre, y me unió a él. Es un gran misterio. No temas por ello. Una religión y una vida sin misterios solo engendra creencias, no fe; convicciones, no contemplación; filosofía, no revelación. En el misterio se crece, se adora, se cree y se entrega uno. También para mi humanidad fue todo un misterio hasta que recibí la plena luz en la resurrección. Seguid, hijos, este camino hasta que recibáis a su tiempo la plena claridad.

Hijo mío: entra en tu interior, allí te busco. Déjate encontrar por mí, ábreme la puerta que estoy llamando. Te digo como dije a mis discípulos

preferidos: ¿No podéis estar una hora en vela conmigo? Atiende a tu interior que es donde me voy a hacer presente a ti.

2ª Estación. *Jesús traicionado por Judas*

Todavía estaba Jesús hablando cuando se presentó Judas acompañado de un tropel de gente armada con espadas y palos. Se acercó Judas a Jesús y le dijo: Maestro. Acto seguido lo besó y entonces todos se abalanzaron sobre él para prenderlo (Mc 14, 43-46).

No pienses, hijo, que yo sabía lo que me iba a suceder paso a paso en mi pasión. El Espíritu Santo me había hablado mucho y yo también intenté escrutar la Biblia para entender mi destino y mi obediencia. No lo pienses. Mi pasión fue humana, en fe, como la de cualquier hombre. No fue una apariencia o simulación. No fue un juego de naturalezas ayudándose la una a la otra. El Espíritu me había dicho que Judas me iba a traicionar pero, hasta que no lo vi allí, no sabía cómo ni en qué momento. Por eso me quedé un poco cortado cuando me dio un beso.

Te agradezco, hijo, que estés haciendo este viacrucis. Yo te amé y morí por ti; me gusta saber que en ti no está siendo frustrada mi esperanza. Soy yo el que te he elegido, no estás aquí por casualidad. Te agradezco, no obstante, que hayas aceptado. Tu salvador mendiga de ti que te dejes salvar. Asume esta gracia y déjala profundizar en ti para que no beses a nadie con besos falsos. Judas no entendió este misterio y por eso me traicionó con tanta frivolidad. Por treinta monedas.

La contemplación no consiste en que tú me hables a mí sino yo a ti. No eres tú el que me besas sino yo a ti. Mi beso es interior, en el centro de tu ser, allí donde reside tu espíritu. Si yo no te beso ahí, tan adentro, tu espíritu no está activado y vives solo de tus pensamientos y razones. Para comprender el amor con que he muerto por ti tienes que sentirlo muy dentro de ti, como una revelación interior.

3ª Estación: *Jesús condenado por el Sanedrín*

Otra vez le interrogó el sumo sacerdote: ¿"Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios bendito"? Jesús respondió: "Si, lo soy"... Al oír esto el sumo sacerdote dijo indignado. "¿Para qué queremos más testimonios? ¡Ya habéis oído su blasfemia! ¿Qué os parece?" Y todos a una le condenaron a muerte (Mc 14, 61-64).

La sabiduría religiosa del pueblo judío degeneró tanto que no me reconocieron. Cada línea del Antiguo Testamento hablaba de mí. Yo era la esperanza de Israel, el deseo de los collados eternos, es decir, de la creación toda entera. No entendieron a mi Padre del cielo... Aunque le sirvieron, no le amaron, se amaron a sí mismos. Se apropiaron de la Palabra, del culto, del templo, de las alianzas y de la promesa. Se apropiaron del mismo Dios y de su benevolencia que la interpretaban a favor suyo. Se endurecieron de tal forma que me condenaron por blasfemo.

Hijos míos: también en el mundo de hoy se me arrincona como un trasto inservible. Muchos buscan la salvación en las cosas del mundo. Han oído hablar de mi resurrección pero la racionalizan para aquietar su conciencia; la interpretan como un mito, como una utopía o como una fábula, para quedarse tranquilos y obrar sus obras. A vosotros, en cambio, se os ha concedido ojos para ver y con ellos un conocimiento divino, misterioso, inefable, distinto, que no conocieron los príncipes de este mundo porque, de lo contrario, nunca me hubieran crucificado. Cultiva, hijo, esta sabiduría, no juzgues a Dios ni te escandalice mi cruz.

La gente del Sanedrín no había interiorizado nada. Por su endurecimiento, mi gracia no podía ablandar su interior. Su religión era exterior, sujeta, por eso, a toda clase de opiniones e intereses personales. No veían ni oraban ni cumplían nada desde el corazón. Donde no hay sufrimiento y llagas apenas hay corazón por lo que no puede haber interioridad y misericordia. No se crece. Las llagas son el logo de cualquier humanidad doliente. Esta gente no podía entender nada. Con mi muerte, mi Espíritu os enseñará a orar en espíritu y en verdad.

4ª Estación: *Pedro niega a Jesús*

Pedro estaba sentado fuera, en el patio; y se le acercó una criada que le dijo: “También tú andabas con Jesús, el galileo”. Pero él lo negó delante de todos: “No sé lo que estás diciendo”. Cuando salía hacia el pórtico lo vio otra criada, que dijo a los que había allí: “Ése estaba con Jesús el Nazareno”. Y él de nuevo negó con juramento: “No conozco a ese hombre”. Poco después, los que estaban allí se acercaron a Pedro y le dijeron: “Realmente tú también eres de ellos pues tu acento te delata”. Entonces él se puso a echar maldiciones y a jurar: “No conozco a ese hombre”. Y en aquel momento cantó un gallo. Y Pedro se acordó de lo que había dicho Jesús: “Antes de que cante el gallo, me negarás tres veces” (Mt 26, 69-75).

Cuando Pedro lleno de confianza en sí mismo me prometió que daría su vida por mí, el Espíritu me iluminó y le dije proféticamente: Antes de que el gallo cante, me negarás tres veces. Lo divertido fue la forma, para más humillación suya: delante de unas criadas. No pude reprimir una sonrisa irónica en mi interior y a pesar de que le miré con cariño él no pudo sostener mi mirada. Pedro había sido distinguido por mí con una gran elección.

Hijo mío: mantente siempre en el agradecimiento para no apropiarte de mis dones. Si te apoyas en tu carácter, en tu valía, en tus dotes personales para seguirme, vas a fallar. Sucederá de una manera ridícula, como a Pedro. No te atribuyas nada de lo que recibas porque todo es gratis. La salvación procede de Dios a través de mi humanidad y solo en esa humildad y agradecimiento se llevará a cabo. Los que quieran ayudarme o salvarse desde sí mismos se envanecerán y se saldrán del plan de Dios y, al final, cualquier criada los abochornará.

El Señor no da dones al que no los puede ejecutar con humildad. Si el Señor hiciera eso sería un regalo envenenado, casi demoníaco. De ahí que ciertos carismas en personas poco humildes tienen mucho de falsedad y demonio. Nadie debería pedirlos si no se pide a la vez la humildad. Por eso Pedro necesitó esta caída para aprender humildad, ya que iba a ser nada menos que cabeza de una Iglesia de pecadores.

5ª Estación: *Jesús es juzgado por Pilatos*

Llevaron atado a Jesús y se lo entregaron a Pilatos. Éste le preguntó: “¿Eres tú el rey de los judíos?” Jesús le contestó: “Tú lo dices”. Como los jefes de los sacerdotes no dejaban de acusarle, Pilatos le preguntó otra vez: “¿No respondes nada? Mira cómo te están acusando”. Pero Jesús no contestó; así que Pilatos se quedó sin saber qué pensar (Mc 15, 1-5).

Primero me condenó el mundo religioso, ahora el político. Ambos tienen que ser redimidos en cada momento de la historia. ¡Cuántos pobres como yo han sido condenados por ambos tribunales! ¿Dónde está la verdad, dónde la justicia? ¿Cómo se les puede dar alcance? Más vale caer en las manos de un Dios vivo que ser juzgados por hombres. El Dios de los cielos me ha hecho misericordia para todos los pobres. También para ti que estás siguiendo mi viacrucis.

Hijos míos: Yo soy el juicio, yo soy la misericordia, precisamente porque todos los tribunales humanos me han condenado. Si algún tribunal, si algún hombre, me hubiera absuelto, él sería la misericordia. Me habéis condenado todos porque la misericordia no es cosa de este mundo. El veredicto de Dios sobre este mundo es la misericordia para los que se acogen a ella. En ello consiste también su justicia. Ahora entendéis, la gratuidad; ahora entendéis por qué la misericordia tiene que ser gratuita en este mundo de pecado. Acoged mi misericordia y vivid de ella. No juzguéis a nadie a no ser con mi misericordia porque, de lo contrario, aunque le absolváis, le condenaréis.

La contemplación tiene que ser infusa, es decir, provenir de mí. Ella es la que engendra la verdadera mística o experiencia santa. Los hombres actuáis “místicamente” hasta para hacer manifestaciones y juicios políticos. Hacéis sagradas cosas que sólo obedecen a vuestro interés. Levantáis el estandarte o el puño con mística; defendéis vuestras convicciones políticas con mística; a veces, la utilizáis hasta para reivindicar valores que llamáis cristianos. Sin embargo, en estas manifestaciones hay mucho de ideología y apasionamiento. Los juicios que provienen de estas pasiones son todos injustos y pecaminosos.

6ª Estación: *Jesús es flagelado y coronado de espinas*

Queriendo quedar bien con la gente, Pilatos ordenó que pusieran en libertad a Barrabás y que a Jesús lo azotaran y lo crucificaran... Le pusieron un manto de púrpura y una corona de espinas en la cabeza para burlarse de él (Mc 15, 15-19).

Dice de mí la Palabra que aprendí sufriendo a obedecer (Heb 5, 8). Algunos pensáis que yo aparentaba un sufrimiento pero que no lo vivía de una manera real dado que era Dios. Mi muerte, de esa forma, no se parecería en nada a la de cualquier pobre hombre agonizante. Mi Iglesia lo ha entendido bien. Dice en el concilio de Calcedonia: Se aparta de la fe el que diga que la naturaleza divina de Cristo pudo sufrir. Ese tal es hijo del error y de la perdición. Fui totalmente humano en la pasión. Sufrían mi yo humano, mi conciencia humana y mi cuerpo humano. No podéis tampoco imaginar que yo me sintiera totalmente abandonado.

Hijo: si yo no fui como tú, permaneces en el pecado; si no morí como tú vas a morir, no estás redimido ni te vas a salvar. Tu razón no puede entender este misterio, pero créetelo. Esta fe te hará bien y te salvará; deja la explicación a Dios. Cree que la flagelación fue horrible, que lo fue la burla y la irrisión de todos cuando me vistieron de púrpura. Cada cosa que me hacían era una sorpresa para mí; me aterraba la crueldad de aquella gente; no sabía cuando iba a terminar.

La pobreza es esencial en la contemplación. Si no estás toda la vida en contacto con tu pecado o fragilidad no dejarás que la salvación y la misericordia se verifiquen en ti. Yo aprendí sufriendo a obedecer. Yo grité al que podía salvarme de la muerte. Tú debes aprender en el pecado y en la pobreza que la gracia se realiza y se hace fuerte en la debilidad. Entrega tu debilidad, la que tienes, la que vas a tener en el momento de la muerte, aguántala y confía sólo en Dios, no en tus fuerzas o en tus manos llenas.

7ª Estación: *Jesús carga con la cruz*

Después de haberse burlado de él, le quitaron el manto de púrpura, le vistieron su propia ropa y lo sacaron de allí para crucificarle (Mc 15, 20).

Pese a mi debilidad después de los azotes, asumí mi cruz y comencé a caminar con ella. Todo me dolía pero no estaba triste. Iba en fe y en oscuridad pero el amor me guiaba y daba fuerzas. Yo sabía que mi Padre quería la cruz, yo sabía que en esa cruz estaban todos vuestros pesos, sabía que de ella brotaría vuestra libertad y salvación. No me dabais pena, me dabais amor, a pesar de que no lo entendía nadie de los que me crucificaban. Cargaba la cruz también por ellos.

El mundo de hoy tiene un pecado que consiste en rechazar la cruz. No se deja interpelar por nada, se hace invulnerable porque no quiere que le hagan daño las cosas. Para eso lo racionaliza todo y a través de esa razón lo filtra todo. No quiere enfrentarse con la realidad. A mí me rechazan y no están dispuestos a gustar mi amor. No lo quieren y dicen que no lo necesitan, se bastan a sí mismos. No quieren cargar con su cruz y, cuando les llegue y siempre llega, protestarán y se hundirán en la rebeldía. No se dan cuenta de que la felicidad que buscan en sí mismos es muy precaria y tiene sus días contados. El que quiera salvar su vida la perderá.

La cruz con la que hay que cargar en la contemplación es la del continuo despojo de sí mismo. El Espíritu Santo te purificará el sentido y el espíritu. Deberás llegar a sentir la nada total de ti mismo y de tus esfuerzos de salvación. No quieras ni agradar a Dios, él sólo te pide que te dejes en sus manos. No quieras contabilizar tu grado de santidad si no quieres caer en la soberbia.

8ª Estación: *Jesús es ayudado por el Cirineo*

Por el camino encontraron a un hombre que volvía del campo, a un tal Simón, natural de Cirene... y le obligaron a cargar con la cruz de Jesús (Mc 15, 21).

Fue mi Padre el que eligió a un hombre que venía del campo, a un tal Simón de Cirene para que me ayudase a cargar con la cruz. Me lo dio a entender el Espíritu Santo. También me dijo que la pasión le pertenecía al

Padre, que yo moría porque era voluntad del Padre, que nadie me quitaba la vida sino que la entregaba yo por mi obediencia al Padre. La bondad del Padre sobre el mundo pasaba por mi entrega hasta la muerte. A los hombres se les concedió poder sobre mí pero el guión de mi muerte lo había escrito el Padre, al cual le pareció bien que la salvación se realizara de esta manera.

En mi resurrección comprendí bien la plenitud de este designio del Padre. Mi naturaleza divina, de acuerdo con el Padre, se anonadó en mi pasión y me dejó completamente solo en mi humanidad, pero me libró de todo pecado para que a través de mí os liberarais todos. Esa gracia que pasaba por mí, dio fruto en Simón de Cirene, que al final estaba de mi parte. Dale, hijo, muchas gracias al Padre si te sientes elegido para ayudarme a llevar la cruz de los pobres en el mundo que te ha tocado vivir. Esa gracia te está salvando.

El fruto más precioso de la contemplación es la vivencia del Espíritu Santo que en la realidad se traduce en amor. El Espíritu tiene la misión de revelaros lo que ha hecho el Padre en mi humanidad y el designio que tiene hacia todos vosotros haciéndoos vivir en comunidad. Viviendo juntos en mí, os trasmitís el Espíritu Santo los unos a los otros. Que nadie rompa al Espíritu, que nadie corte esta energía poderosa que os construye y os hace Iglesia.

9º Estación: *Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén*

Detrás iba también mucha gente del pueblo y mujeres que lloraban y se lamentaban. Jesús, en cierto momento se volvió a ellas y les dijo: “Mujeres de Jerusalén no lloréis por mí; llorad, más bien, por vosotras y por vuestros hijos (Lc 23, 27-28).

Yo conocía bien la calidad de las lágrimas de los que lloraban a mi paso. Vi a un grupo de mujeres que movidas a compasión derramaban muchas lágrimas. Era su compasión natural y sus sentimientos humanos los que expresaban. Se lo agradecí y por eso me volví a ellas y les dije: “No os lamentéis por mí, sino por lo que va a venir sobre esta ciudad y este pueblo

si no reconocen el don de mi visitación”. El único pecado es no creer en mí. Si crees que yo soy el enviado de Dios, se te perdona todo porque valorarás mi sangre y entonces llorarás de alegría.

Tú, hijo mío, que contemplas mi pasión: reconoce en mí, tu propia carne; mi carne crucificada y resucitada es la tuya. No llores por mis heridas sino por las del mundo que no quiera reconocer este gran misterio. Mi sufrimiento es el del mundo que será transformado cuando se deje. Que tus lágrimas y las de todos los hombres sean de compunción y de aceptación para que entendáis que soy el enviado, para que reconozcáis mi venida y el tiempo de mi visitación. Dejad que el poder de mi sangre os sane y os limpie.

Si la contemplación te separa del mundo y de las personas es falsa y teórica. Una contemplación que no se haga compasión no proviene de mí. Yo he amado al mundo y a los hombres porque contemplé ese amor en el corazón de mi Padre del cielo. Toda mi pasión ha sido un ejercicio de compasión. Por eso, hijo mío, si en tu contemplación no sientes la compasión hacia los pobres que hay en mi corazón y en el del Padre, tienes que rectificar el rumbo. Pídeselo de corazón al Espíritu Santo no sea que todo tu esfuerzo sea en vano.

10ª Estación: *Jesús es crucificado*

Cuando llegaron al lugar llamado “La Calavera”, crucificaron a Jesús y a dos criminales, uno a su derecha y otro a su izquierda. Jesús entonces decía: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 33-34).

No podía morir de otra forma sino por efecto del supremo escarnio. El desprecio y el juicio fue total; en la cruz morían los mayores criminales. El abismo del máximo descrédito llama al abismo de la máxima autoridad. En mi resurrección he sido constituido juez de la historia. Dios juzga al mundo en y por medio de mi humanidad. La razón es que el mundo es juzgado en la cruz, en la debilidad, que es la piedra de escándalo, la que escruta los corazones. El que no entienda ni ame la cruz permanece en su soberbia original y no es regenerado. He sido puesto en mi debilidad como signo de contradicción.

Morí por vuestros pecados y he resucitado para vuestra justificación. La soberbia del hombre es redimida solo en la cruz. No hay otro lugar, otra cura, otra receta para ser salvados de los pecados. Los que seáis iluminados para entender el misterio de la cruz seréis justificados en mi resurrección. Hijo mío penetra, desde tu vida, desde tus heridas, desde tu pecado en el misterio de la cruz. Es en tu propia historia donde tienes que ser sanado. Yo he muerto para iluminar tu trayectoria, para que te entiendas a ti mismo hasta que seas capaz de glorificar a Dios en tu sufrimiento, en tu despojo.

La contemplación es una oración intimísima y profunda. En ella el espíritu te va dando luz sobre ti mismo y sobre tu pecado. Es como un purgatorio. Una de las actitudes que se oponen a esta intimidad es la falta de perdón hacia alguien. Si yo no hubiera perdonado a mis verdugos, hubiera bloqueado la misericordia del Padre hacia todos los hombres.

11ª Estación: *Jesús promete su reino al buen ladrón*

Uno de los criminales lo insultaba... pero el otro increpó a su compañero. Volviéndose a Jesús, le dijo: "Acuérdate de mí cuando estés en tu reino". Jesús le contestó: "Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lc 23, 39-43).

Mi humanidad estaba dotada de todos los dones y carismas. Entre otros, gozó toda la vida de un don de conocimiento profundo. Leía, por obra del Espíritu, los corazones de todos los hombres. Mi psicología era agudísima. No solo por efecto de las dotes naturales sino de la luz potente del Espíritu Santo la cual, desde el primer momento, me hizo una radiografía de los corazones de los dos bandidos crucificados a mi lado. Dimas me consoló y, en efecto, al poco tiempo me dijo: "Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino".

En el mal ladrón, en cambio, hay un misterio de endurecimiento. Por eso mismo el Espíritu Santo no pudo abrirle los ojos. El demonio os empuja a los que estáis conmigo a juzgarlo y condenarlo. No lo hagas. Yo también he muerto por él. No son las obras las que salvan o condenan; los dos eran bandidos. La decisión y la suerte se juegan en el corazón. El endurecimiento

de los corazones lleva consigo un misterio difícil de entender que, sin embargo, no excluye la responsabilidad. Pedid el don del santo temor de Dios para seguir siendo niños toda la vida como lo era el buen ladrón.

Hijo: no le pongas merecimiento a tus obras buenas. No obres para merecer algo delante de tu Dios, ni siquiera el cielo; más bien agradécele el mérito con que adorna las obras que él obra en ti. En el primer caso pones el acento en tus obras y en ti; en el segundo lo atribuyes a Dios y le das gloria a él con tu bondad. La obra de Dios en ti redundará en mérito tuyo; la otra, la que haces desde ti mismo, es estéril. Con esta luz, jamás tu corazón se endurecerá.

12 Estación: *Jesús crucificado, la madre y el discípulo*

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, María la mujer de Cleofás, que era hermana de su madre, y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y, junto a ella, al discípulo a quien tanto quería, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Después dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa (Jn 19, 25-27).

Mi madre tenía familiares pero necesitaba estar con alguien con el que pudiera compartir, con alguien que la entendiera. Había sido todo demasiado fuerte. Después de mi resurrección, la carne y las relaciones familiares pasaban a un segundo plano. De ahora en adelante lo que interesa a los que van a adorar en espíritu y en verdad son las relaciones espirituales. Es el Espíritu Santo con sus dones el que va a dirigir su vida. Puedes imaginar que el resto de los días que vivió mi madre fueron enteramente contemplativos, viviendo más en el cielo que en la tierra, casi en visión beatífica y creciendo cada segundo en mérito y santidad. ¿Con quién mejor que con Juan podía quedarse?

A Juan le dije: "Ahí tienes a tu madre". María, mi madre, es figura y símbolo de la maternidad universal. Su poder de intercesión la convierte en emblema de ternura y protección para todos los que sufren. Por eso, a lo largo de los siglos han acudido a ella todos los desterrados, hijos de Eva.

Únicamente le faltó la sangre para ser corredentora y es que sólo en mi sangre divinizada podía establecerse la nueva y eterna alianza. Al hablar a Juan me refería a todos vosotros: “Hijos ahí tenéis a vuestra madre, acudid a ella”.

Mi madre, a la altura de mis pies crucificados, es el paradigma de toda contemplación. El Espíritu le hacía pasar, a través de mis llagas, a mi corazón donde sus ojos del alma se encontraban con los de mi Padre del cielo. Allí se encontró con el misterio de la Trinidad que había querido tal sacrificio, allí recobró la paz, allí fueron sanadas sus heridas. Hijo mío: contempla mi cruz, como lo hizo mi madre, a través de mis llagas, entra por ellas hasta mi corazón y el Padre sanará las tuyas.

13ª Estación: *Jesús muere en la cruz*

Jesús exclamó: “Tengo sed”. Había allí una jarra de vinagre. Los soldados colocaron en la punta de una caña una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca. Jesús lo probó y dijo: “Todo está cumplido”. E, inclinando la cabeza, murió (Jn 19, 28-30).

Hijo mío: contempla mi muerte y disfruta de ella. Gusta de ella y de toda mi pasión antes de que llegue la hora de la tuya. De esa forma su horror no te asustará. No tengas miedo a disfrutar de la mía. Piensa en ella, agrádcela en la eucaristía, que sea tu manjar más delicioso. Mi muerte salva a la tuya, ahuyenta el miedo, le quita la amargura y el aguijón, le da el más profundo sentido. Es gratuita, no me debes nada, sucedió por puro amor. Si la aceptas en esa gratuidad, sabrás que eres profundamente amado y siempre me amarás y estarás conmigo.

Permite al Espíritu Santo que te la revele. No la puedes entender por ti mismo. Para entender mi muerte es necesario el don de la alabanza que te saque de ti mismo, el don de los gemidos inefables, el don de orar en lenguas que no entiende pero que grita. No se explica con razones ni se aviene con los silogismos. Yo morí porque Dios necesitaba un corazón humano que amara al mundo y a todos los hombres y se entregara divinamente por su salvación. En el amor era en la única cosa en la que me

ayudaba mi naturaleza divina porque el amar no es como el sufrir. El sufrir es propio de la naturaleza; amar es cosa de la persona.

La contemplación, que es amor recibido, engendra una gran obediencia por la que uno puede morir. La obediencia es un altísimo valor de virtud, un valor en sí. Actúa sin preguntar, sin cuestionar, sin racionalizar, es pura entrega de confianza. Es un don de santidad. Algo más profundo que la razón habita en ti. Yo, hijos, morí por vosotros en obediencia dulcísima.

14ª Estación: *Jesús es depositado en el Sepulcro*

Al atardecer, José de Arimatea se presentó valerosamente a Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilatos, extrañado de que ya hubiera muerto, mandó llamar al comandante de la guardia para preguntarle. El comandante le dijo que sí y, entonces, Pilatos mandó entregar el cuerpo a José. Éste lo bajó de la cruz, lo envolvió en una sábana que había comprado y lo puso en un sepulcro excavado en la roca. Después hizo rodar una piedra, cerrando con ella la entrada al sepulcro (Mc 15, 42-46).

Murió mi humanidad pero no la esperanza. Al contrario, el Espíritu Santo gracias a mi muerte hizo nuevas todas las cosas y brotó una nueva creación. Yo había muerto por el pecado del mundo y, de ese modo, Dios reconcilió al mundo consigo y se hizo posible la esperanza. Sucedieron truenos, relámpagos y terremotos que fueron signo y figura de la destrucción final de un mundo viejo de pecado que a su tiempo será demolido. Todo se había cumplido. José de Arimatea hizo rodar la piedra cerrando con ello la entrada al sepulcro. Mi cuerpo dentro del sepulcro era un cadáver humano más, entre los miles de millones que han fenecido, destinado de por sí a la desintegración.

De repente, en la oscuridad del sepulcro estalló el secreto de Dios. Mi cuerpo fue resucitado. La carne de pecado, con la que yo cargué, resucitaba en mí. Oscuras profecías lo habían anunciado pero, en realidad, nadie lo sabía. Era el misterio del Padre el que planeaba sobre todos los acontecimientos. Mi Padre nunca estuvo lejos de los hombres, siempre los

amó proyectando una reconciliación inimaginable. Yo tuve que morir para destruir el mundo viejo de pecado pero la justificación que emergió con mi resurrección se ha hecho definitiva y desbordante. De ahora en adelante el grito de "Jesús vive" es la única profesión de fe que os salvará.

La contemplación lleva consigo períodos de gran sequedad y oscuridad como la del sepulcro. Orarás y no habrá ecos en tu propio corazón. Sentirás el desierto. No te desanimes, está creciendo tu fe. La perseverancia engendra virtud perfecta y ésta, esperanza, la cual no defrauda porque sentirás el amor de Dios con una experiencia viva del Espíritu Santo. Gracias a mi resurrección tu paso por la muerte y el sepulcro superarán la desolación del ángel exterminador.

15ª Estación: *La resurrección de Cristo Jesús*

El primer día de la semana, muy de mañana, fueron las mujeres al sepulcro, llevando los aromas que habían preparado. Encontraron que la piedra había sido retirada del sepulcro y entraron pero no vieron el cuerpo del Señor Jesús. No sabían qué pensar de esto cuando se presentaron ante ellas dos hombres con vestidos resplandecientes. Les dijeron: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado". (Lc 24, 1-6).

Desde ahora tenéis más cerca a la divinidad que nunca. En mí, ya resucitado, habita corporalmente toda la divinidad. Ya antes había sido así pero en forma de siervo. Ahora se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra porque el Padre de los cielos me ha constituido Señor y Juez, Alpha y Omega, Principio y Fin. Hijos míos: ya tenéis camino, ya tenéis dueño. Acudid a mí y lo tendréis todo. Yo estoy sentado a la derecha de Dios Padre como supremo intercesor de las causas de los hombres. Yo os envío mi Espíritu, que siempre fue universal y eterno, pero que ahora, después de mi resurrección se ha hecho cristiano y humano y es que os lo envío yo por dignación del Padre, yo que soy hombre aunque revestido ya de la nueva condición.

Canta aleluya, hermano mío, porque todo se ha recubierto de esplendor. Que todas las criaturas se alegren con el júbilo de la criatura

nueva, renovada en santidad y justicia, apta para la nueva vida. Para esta celebración y esta alabanza existen los cielos y la tierra, para esto se ha preparado todo en larguísimos años de evolución, porque yo soy el sentido del universo, para mí fue creado y en mí para todos vosotros. Huyen el pecado y el Maligno que durante millones de años han sometido la belleza de la creación a una condición de frustración, dominada por el miedo, el llanto y la muerte. Desposeídos de todo poder han sido echados fuera.

¡Qué asombroso beneficio el del amor de Dios por nosotros! ¿De qué nos serviría haber nacido si no hubiéramos sido rescatados? ¡Qué incomparable ternura y caridad! Fue necesario nuestro pecado para poder disfrutar de esta dicha. ¡Que nadie se asuste del pecado teniendo a Jesucristo! ¡Oh feliz culpa que ha merecido tal redención y tal Redentor!